

DAVID E. VÁZQUEZ SALGUERO

Encuentros en el pasado mexicano



BOCAMINA

De encuentros entre indígenas y españoles, entrecruces en el devenir de las culturas, acontecimientos, personajes, alianzas, confrontaciones y reflexiones sobre un pasado común trata el libro *La conquista de México Tenochtitlan*, de Jaime Montell García.¹ La narración se apega al orden cronológico y detallado de los acontecimientos, lo cual es un tanto difícil de lograr, pues en numerosas ocasiones, como el mismo autor apunta, las crónicas no son muy claras en cuanto a fechas o, por el contrario, se contradicen.

Cabe mencionar que se establecen diálogos continuos con diferentes actores; el primero, con los propios personajes del proceso de conquista; el segundo, con los cronistas e historiadores, tanto contemporáneos al fenómeno histórico como quienes le sucedieron y no pudieron decir que fueron testigos presenciales. Un tercer diálogo, y muy crítico, es el que sostiene con historiadores contemporáneos a nosotros, particularmente con el británico Hugh Thomas, quien publicó en 1994 la obra *La conquista de México*. Finalmente, dialoga con el lector, le presenta argumentos, los sostiene, aunque

¹ Jaime Montell García, *La conquista de México Tenochtitlan*, México, Porrúa, 2001.



sabe que la última palabra no será la propia, sino de quien recorra sus páginas con la mirada.

■ Itinerarios

El texto está organizado en 29 capítulos. Se puede apreciar un orden temático, además del cronológico. El primero presenta a los actores y la contextualización de los acontecimientos, luego va a los hechos coyunturales; lo anterior para no dejar de mencionar lo que ocurría con los mexicas mientras los españoles organizaban la travesía. Por ejemplo, en un primer momento narra la llegada de Motecuhzoma al poder y traza un perfil de su personalidad. En un segundo momento, habla de los primeros viajes que hicieron los españoles Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva al continente.

En esta parte intercala un capítulo sobre lo que Montell denomina “Los temores de Motecuhzoma”, en el cual destaca la salida a escena de los agüeros y seres mitológicos europeos que permearon la construcción del imaginario sobre la supuesta superstición del mexica.

Posteriormente, se lee un capítulo dedicado a Hernán Cortés, otros a la “Llegada” y a “El contacto”. Los siguientes seis capítulos describen la negociación con los indígenas y su consecuente adhesión a las fuerzas españolas. Se describe la marcha hacia Tenochtitlan, las batallas en Tlaxcala, la llegada a Cholula y la entrada al valle.

Continúa con el arribo a México Tenochtitlan, la descripción de la ciudad y la estancia de los españoles hasta la prisión de Motecuhzoma. Entonces los acontecimientos tomaron un nuevo giro, por lo que el autor hace un paréntesis para relatar la llegada de Pánfilo de Narváez.

Vienen después “La matanza del Templo Mayor” y “Muerte de Motecuhzoma”, para pasar a otro conjunto de seis apartados cuya principal característica es propiamente el conflicto bélico, y que se refieren a lo que Jaime Montell define como “La noche de la huida” y “El contraataque” de los españoles, su estancia en Texcoco, los preliminares e inicio del sitio, con un descalabro español.

La historia termina con tres capítulos sobre “El combate final”, “La caída de México Tenochtitlan” y “El final”, con la tortura de Cuauhtémoc.

Como corolario, Jaime Montell presenta un “Epílogo” en el que reflexiona sobre las diversas interpretaciones de la conquista; ofrece un balance de los hechos y exhorta a la nación a aceptar nuestros orígenes indígenas y españoles.

■ Realidades e imaginarios, una interpretación

Tras realizar una lectura cuidadosa de la obra, surgen diversas interpretaciones no sólo de la propia historia de la Conquista, sino también del texto, en el sentido de qué es lo que está escrito, y qué es lo que podemos aprovechar de este recuento.

Existe gran variedad de temas que pueden abordarse a partir de su lectura. Cabe hacer referencia al trabajo del antropólogo y materialista cultural Marvin Harris, titulado *Nuestra especie*,² en el cual trata, entre otros temas, de los cacicazgos, no en el sentido político contemporáneo, sino antropológico, así como del surgimiento de las sociedades estatales.

Los cacicazgos —que, por cierto, es un término de origen caribeño que fue adoptado por los antropólogos para realizar el estudio de las culturas con menor complejidad que las estatales— se caracterizan por ser sociedades pastoriles o, como en el caso de Mesoamérica, agrícolas. Están bajo el mando de un jefe o cacique que ejerce el control social mediante el miedo, el respeto y la lealtad, y resuelve los conflictos por medio de castigos.

En cambio, los Estados están integrados políticamente por medio de una jerarquía centralizada. El control social se ejerce a través del monopolio legal de la fuerza y el gobierno. Y la resolución de los conflictos opera por la coordinación y regulación centralizada. En un principio, los Estados fueron sociedades agrícolas militaristas, dependientes fundamentalmente de la agricultura y de la guerra, con la presencia de nuevas tecnologías agrícolas y un incremento comercial importante.

Las sociedades estatales cuentan con aparatos coercitivos o ideológicos que desempeñan un papel básico tanto dentro de ellas como en su relación con otras comunidades. El Estado controla las relaciones entre los miembros de la sociedad

² Marvin Harris, *Nuestra especie*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

y con otras sociedades. Su base es la explotación y el aprovechamiento de la mano de obra y la producción ajena, de ahí el carácter clasista y estratificado de las mismas. El sistema tributario nació como indispensable para el sostenimiento del aparato estatal que tenía sus sedes en centros urbanos, tributo que se logró a través de la guerra principalmente.

Jaime Montell apunta que el culto al Tlatoani Motecuhzoma fue semejante a la veneración de una divinidad. Casi nadie podía mirar su rostro. La expansión militar de los mexicas fue constante, de manera que surgió una clase guerrera, que suplantó la de sangre. El comercio se acrecentó con los pochtecas que llevaban mercancías de un océano a otro y del desierto a la selva. Los señoríos independientes estaban temerosos de ser subyugados; la tributación de los que ya lo estaban comenzaba a llegar a su punto más alto e insostenible. De manera que Motecuhzoma tenía que enfrentar sólida y enérgicamente las difíciles condiciones de control interno, y mostrar a los de fuera un estado monolítico y fuerte.

Por otra parte, el trabajo de Jaime Montell constituye una buena fuente de análisis historiográfico para los historiadores. Arqueólogos, etnohistoriadores y geógrafos cuentan con información para sus investigaciones, pues hay descripciones de costumbres, edificios civiles y religiosos, viviendas, plazas, canales, etcétera, útiles para analizar las distintas etnias y sus contextos.

Una de las aportaciones de mayor importancia para la historiografía es el hecho de que el autor confronta diversas fuentes relativas a un mismo suceso histórico sin dejar cabos sueltos, con lo cual logra un alto grado de objetividad. Como muestra basta mencionar que cuando se refiere a la prisión de Motecuhzoma nos proporciona las versiones de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara, Andrés de Tapia, Bernal Díaz del Castillo, fray Francisco de Aguilar, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Cervantes de Salazar, fray Juan de Torquemada, fray Bartolomé de las Casas, Antonio de Solís y Rivadeneyra, el Códice Ramírez, el Códice Florentino, fray Diego Durán y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Al final, el libro cuenta con una útil síntesis biobibliográfica de cronistas y fuentes históricas para el estudio de la conquista de México Tenochtitlan.

Podemos estudiar la visión de los europeos, en tanto echaban mano de su imaginario para explicar la existencia de algo que ignoraban. También podemos analizar el supuesto carácter iracundo y religioso de los españoles que vinieron en esa expedición; sobre su manera de hacer la guerra, con sus estrategias y habilidades diplomáticas.

La invención de América, como lo apuntó Edmundo O’Gorman,³ fue resultado de la concepción tripartita del mundo, que culminó con la ideación de la cuarta parte del mundo, y que al poner en crisis aquella manera de entenderlo, la sustituyó por una concepción abierta que abrazó a la totalidad del globo como domicilio cósmico del hombre. El europeo consideró esta parte del mundo y a sus habitantes como parte de una naturaleza ignota. El indígena, pese a su alto desarrollo cultural en algunas regiones, fue concebido como en estado natural, como un ser que debería actualizarse mediante su incorporación a la cultura europea y, por lo tanto, al cristianismo. El Nuevo Mundo fue nuevo no en el sentido cronológico, sino en el sentido de que ofrecía al Viejo Mundo una nueva posibilidad de ampliar el escenario histórico de la cultura europea, en ser una Nueva Europa.

De todo esto surge la pregunta ¿qué sentido y pertinencia tiene realizar un estudio de esta naturaleza y sobre el tema que aborda: la conquista de México Tenochtitlan?

El imaginario del europeo fue la herramienta interpretativa a la que recurrió el pensador occidental para explicar esta nueva posibilidad. De no ser así, cómo explicar las premoniciones de Motecuhzoma, el fuego en el santuario de Huitzilopochtli, el anuncio del fin del mundo por la aparición de un cometa, las visiones de Papantzin y la “aparición de un joven resplandeciente, alto, de ojos verdes y de pelo amarillo, vestido con una larga túnica blanca, llevando a sus espaldas unas alas iridiscentes”. Cómo justificar la guerra contra esos seres que sacrificaban y consumían humanos, si no era a través de una orden providencial y con la ayuda de Santiago Apóstol que acompañaba y protegía a los soldados españoles en sus batallas.

Jaime Montell recuerda las palabras de Bernal Díaz del Castillo, soldado de Hernán Cortés, a propósito de la ejecución de Quauhpopoca y sus hombres bajo el cargo de haber muerto a varios españoles:

Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes; y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios, pues ¿quiénes podrían ser tan osados de hundir sus na-

³ Edmundo O’Gorman, *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

ves, y, siendo tan pocos, entrar a esa gran ciudad, prender a su señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él?⁴

La ejecución se realizó frente al palacio de Motecuhzoma, en la plaza central. Los prisioneros fueron atados a postes por guardias españoles. Se juntaron las armas mexicas almacenadas en los templos y se utilizaron como leña. Los prisioneros fueron rápidamente consumidos por el fuego.

El efecto de las ejecuciones entre los mexicas nos es proporcionado por el Códice Florentino:

Estaban muy asustados, tenían mucho miedo, estaban azorados de estupor. Un gran temor se había extendido, el temor se extendía; ya nadie se atrevía a hacer nada; como si hubiera allá una bestia feroz, como si la tierra estuviera muerta. Sin embargo, no se detuvieron por eso, eso no los retuvo de ir a llevar todo lo que los españoles necesitaban. Pero fue con temor como lo llevaron, simplemente corrieron aterrados a llevarlo. Y cuando fueron a depositarlo en tierra, regresaron corriendo, saltaron como chispas, jadeaban, tiritaban.⁵

Jaime Montell recurre a Octavio Paz en su *Laberinto de la soledad*⁶ para sostener la idea de que los mexicanos somos como huérfanos desconsolados que acusamos a nuestros padres de todos nuestros males y complejos. El español, que simboliza la paternidad, es denigrado como alguien sin escrúpulos, cruel, despótico, avaricioso, codicioso y bárbaro. El indígena, por su parte, será la representación de la maternidad, despreciado, discriminado, sojuzgado, explotado.

Como él, recorro a Octavio Paz y a su *Laberinto de la soledad* para expresar que la conquista fue una disparidad de elementos y tendencias; que fue un hecho histórico lleno de contradicciones que a la postre creó una unidad de la pluralidad cultural y política indígena. La variedad de etnias, lenguas y costumbres se transfiguró en una unidad con el idioma castellano, con la fe católica, con el culto a un solo Dios. México, y por extensión América, nació en el siglo XVI fruto de la unión de dos violencias unitarias: la indígena, en este caso mexicana, y la española.

⁴ Jaime Montell, *op. cit.*, p. 488.

⁵ *Ibidem*, p. 489.

⁶ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Cuadernos Americanos, 1950.

Fernand Braudel⁷ nos ha legado los conceptos ‘muy larga duración’, ‘larga duración’ y ‘corta duración’ para realizar análisis históricos. La corta duración relata historias de tiempo corto, definida como “la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones”. Se centra en el acontecimiento, de manera que el acontecer es fundamentalmente la historia política, militar, diplomática, eclesiástica, narrada de manera descriptiva, no analítica. Es la historia de batallas, de acontecimientos. Los dos elementos necesarios que respaldan este tipo de historia son la primacía del individuo y la primacía del acontecimiento.

El individuo es el portador último del cambio histórico, y los cambios más significativos son los más breves. Esta historia marca el ritmo del acontecer cotidiano, por oscilaciones breves, rápidas, nerviosas y superficiales que se traducen en acontecimientos que duran horas, semanas o pocos años. Es el tiempo de la guerra y de la política. Es el tiempo del relato precipitado, dramático, de corto aliento, que asombra, admira o pone a temblar a quien lo vive.

El estudio de Jaime Montell es de corta duración, en el sentido de la brevedad del periodo abordado, que tuvo efectos de larga o muy larga duración. Pero como advierte Braudel, hay que tener cautela, pues en este tipo de historia aparecen los hechos espectaculares y fulminantes, no abarcan todo el espesor de la historia; es emotiva, cargada de pasiones, enojos, venganzas e ilusiones. Precisamente, el logro de Jaime Montell es despojarse de pasiones, enojos, venganzas e ilusiones, y presentar una versión actualizada de la conquista de México Tenochtitlan, aunque aquellos sean los elementos que constituyen en grandes proporciones a la propia historia.

Como ejemplo tenemos la propuesta de nuevos conceptos, como puede ser “La Noche de la huida”, frase con que Montell García sustituye el lugar común de la noche triste, la noche tenebrosa. Triste para españoles, pero de victoria para los mexicas. Buscando una historia imparcial, libre de prejuicios o de cargas subjetivas, que no predisponga juicios en los lectores, prefiere hablar de una huida, de manera que la sangre de indígenas y españoles, en lugar de resultar ofendida, se armonice. Al leer el trabajo de Jaime Montell el lector podrá encontrar el sentido y la pertinencia de la publicación de *La conquista de México Tenochtitlan*.

⁷ Recordemos los textos de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1979; y Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1995.